

IMAGEN BIFRONTE DE MAQUIAVELO

Por

LUIS DI FILIPPO

Con motivo de conmemorarse el 5º centenario del nacimiento de Nicolás Maquiavelo, se ha creído oportuna la ocasión para reiterar en el transcurso de este año opiniones sobre la vida, la obra, el pensamiento y el arte del ilustre florentino. Sumamos nuestra voz modesta a las mucho más autorizadas que se han hecho presentes en el vasto y heterogéneo coro recordatorio.

Esta singular personalidad del Renacimiento italiano, época tan fecunda en espíritus excepcionales, se distingue de las demás contemporáneas por la índole de su creación literaria, la cual ha provocado en torno al autor y a su obra una contienda polémica de tal intensidad y extensión que el nombre de Maquiavelo y el derivado maquiavelismo forman parte del lenguaje universal, tanto en el orden académico como en el vulgar, convirtiendo al secretario florentino en un personaje de leyenda cuya imagen carece por lo mismo de representación uniforme. Merced a esta circunstancia, ni remotamente sospechada por Maquiavelo, su nombre sigue conservando una fuerte resonancia en el ámbito de la cultura universal, sin que los cinco siglos transeurridos desde la fecha de su nacimiento hayan logrado oscurecer el permanente brillo de su fama sólidamente cimentada lo mismo por el esfuerzo

de sus denodados panegiristas que por la agresión no menos animosa de sus detractores. Quizás, irónicamente sería fácil demostrar que más contribuyeron al prestigio y a la perennidad del nombre sus negadores que sus vindicadores. La imagen siniestra del secretario florentino parece tan hechieera como la del mismo Demonio en quien presuntamente se inspira. Pero como no estamos en presencia de una dramática leyenda religiosa, sino de una concreta personalidad humana en el cuadro de una no menos concreta realidad histórica, es bueno despojar de fantasías interpretativas a la personalidad de Maquiavelo proyectándola en su exacta medida y valorando sus méritos con espíritu crítico antes que con ánimo polémico, por más que en este caso la tentación polémica es inevitable e irresistible. Pero conviene que en ella no participen con tanto fervor los malos sofistas, pues si la sofística ha de estar fatalmente esgrimiendo también en este caso la agudeza de su lógica disputante, que sean buenos y no malos sofistas quienes tributen homenaje al florentino. Decimos homenaje, aun en la diatriba, porque a veces resultan más reconfortantes ciertas agresiones que ciertas defensas. Y en última instancia nada resulta más ofensivo que la indiferencia y el silencio, lápida bajo cuyo peso yacen tantas personalidades otrora aparentemente destinadas a menos fugaz permanencia en el cielo de la notoriedad.

El error más frecuente en que han incurrido los detractores de Maquiavelo ha sido el de juzgar su obra —especialmente “El Príncipe”— como si se tratase de un problema moral. No menos errónea ha sido la actitud de quienes, para defenderle, se instalaron en el mismo terreno elegido por sus rivales, pues ese campo es el que menos conviene al prestigio del florentino.

Maquiavelo no es un moralista, al menos en el sentido trivial del término. No se ha propuesto escribir un tratado de moral política. Lejos de su mente semejante intención. En todo caso, se propuso una serie de reflexiones sobre el arte

de gobernar, de conquistar el gobierno y de mantenerse en él. Y para tal fin, escribió obras que hoy llamaríamos técnicas, no filosóficas, mucho menos moralistas, ni remotamente teológicas.

Decir ahora, casi a fines del siglo XX, que Maquiavelo cultiva una concepción técnica de la política, fundada en observaciones empíricas, y que desde este punto de arranque le surge una embrionaria teoría científica del Estado, de su estabilidad, de su conservación, de su unidad, parece algo muy poco extraordinario. Pero conviene no perder de vista que en aquel momento, la actitud de Maquiavelo reflejada en sus escritos no sólo entraña una novedad en cuanto a especulación política, sino un escándalo al romper con las tradicionales producciones literarias anti maquiavélicas que irrumpen de inmediato y que se prolonga durante siglos, demuestra con su normas consagradas sobre la materia. La caudalosa e irritada reacción enfática hasta donde había hundido el bisturí de su análisis el implacable disector, o con que cruel energía arrancaba las máscaras de muchas ficciones desde siglos admitidas como verdades.

No obstante ser la del Renacimiento una civilización por muchos motivos abierta al espíritu científico y al ejercicio de la técnica, en el campo poco transitado de las especulaciones políticas éstas formaban parte de los dominios de la moralidad y la religiosidad. No importa que ya se tenía conciencia de estar en contacto con ficciones antes que con verdades. Pero estas ficciones eran convenientes, necesarias para la generalidad, menos para mentalidades como la de Maquiavelo dispuestas a describirlas y rechazarlas. Demostrar que convicciones arraigadas no pasan de ser prejuicios superficiales es tarea que no siempre puede realizarse impunemente.

Por de pronto, la originalidad más relevante que acusan los escritos de Maquiavelo consiste en su mítica creación artística del Príncipe, significativo mito personal de donde habrá de surgir mucho tiempo después, el mito impersonal del Esta-

do moderno. Pero en el Príncipe ya está embozada la “razón de Estado” o sea una racionalización de la política, una desnuda presencia de hecho, que Maquiavelo describe o plantea como un problema esencialmente técnico. Lo que equivale a decir que no es un problema ético, ni moral, ni religioso, sino un asunto de tal índole que la mentalidad medioeval no hubiese podido sospechar, pues para sospecharlo o intuirlo es previa la consideración de la política como realidad autónoma generadora de sus propias leyes, determinadas éstas a su vez, por concretos factores peculiares. En otros términos, para concebir la política como la concebía Maquiavelo, —y con él algunos pocos compatriotas— era necesario reivindicar el prestigio de la ciencia y el de la técnica, venido muy a menos durante la Edad Media que lo sumergía en el mar de su religiosidad.

También en este aspecto de su complejo proceso histórico, el Renacimiento rescata de la antigüedad clásica, exhumándolos, ejemplos de especulaciones científicas y realizaciones técnicas. Pues esta de la ciencia y de la técnica fue una cuestión que se plantearon en su hora tanto Platón como Aristóteles de tal modo que ambos autores evidencian la índole problemática del tema. Hubo mucho que andar, también en la antigüedad clásica, para que la técnica mereciese una estimación de cierta relevancia. Sobre la presencia de este tema en la historia de la cultura clásica nos place tener en cuenta un estudio de Rodolfo Mondolfo “Ciencia y técnica en la Grecia antigua”, aparecido en la Revista de la Universidad de Córdoba, Nos. tres y cuatro del año pasado. Transcribe Mondolfo un diálogo platónico del *Félebo* donde el filósofo griego se esfuerza por demostrar que “para nosotros sería una situación ridícula la de quien permaneciese únicamente en la esfera de las ciencias divinas”. Por su parte, Aristóteles acentúa aún más el mérito de la técnica, según párrafos del *Protreptico* (también citados por Mondolfo), donde el Estagirita demuestra que “la técnica nos da la prueba de la utilidad que tiene

la razón teórica para la vida humana; la práctica de los oficios, exige normas que pueden resultar solo de la naturaleza misma y de la verdad y, por lo tanto, requiere una forma de ciencia”.

En contraste con la mentalidad escolástica que persistía en permanecer aferrada a “la esfera de las ciencias divinas”, Maquiavelo insiste en permanecer atento a la esfera de las ciencias humanas que son, en última instancia las de la naturaleza. Y esto de permanecer atento a las ciencias humanas es, quizás, la única conexión lógica entre la actitud y la obra de Maquiavelo con la obra y la actitud de los humanistas de su época. Sólo dando al término humano su latitud que se le otorga en nuestros días, es posible incorporar el nombre de Maquiavelo a la lista ilustre de los literatos de aquel tiempo. Porque inclusive se da el caso de que Maquiavelo no es precisamente un literato, o no se siente tal cuando escribe, no obstante estar sus escritos en el plano de la literatura, y con mucha dignidad estética. Pero este es otro problema marginal que no vamos a considerar ahora sobre todo porque no estamos discurriendo con respecto a su producción dramática ni poética.

El mismo Maquiavelo confiesa en *El Príncipe*: “Pero en la intención que tengo de escribir cosas útiles para quien me lea, me ha parecido que valía más ajustarme a la realidad de las cosas, que entregarme a vanas especulaciones”. Este entregarse a la realidad de las cosas, según sus palabras textuales, lo convierte en escritor realista. Sobre sus méritos literarios hay opinión hecha. El gran crítico De Sanctis dice que cuando Maquiavelo quiso ser literato ni su poesía, ni su prosa alcanzaron relieve artístico; en cambio, cuando no se lo propuso, como en las páginas de *El Príncipe*, de los *Discursos*, de las *Historias*, cuando escribe a vuelo de pluma, sólo preocupado por las cosas y no en el gesto de quien considera indigno de su gravedad correr tras las palabras y los períodos, cuando no pensó en la forma resultó maestro de la forma. Y sin buscarla encontró la prosa italiana.

Mucho más grave es la consideración crítica formulada desde distinto punto de vista por otro compatriota de Maquiavelo, Giuseppe Ferrari, quien en 1862, en sus "Cursos sobre escritores políticos italianos", demuestra que el presunto realismo del florentino no ha sido corroborado por los hechos, pues la historia se encargó de desmentir, paso a paso, sus profecías, sus cálculos, sus juicios críticos. Según este intérprete, nadie más afecto a las ilusiones que el realista Maquiavelo.

Pero la hostilidad contra el autor de *El Príncipe* apareció, principalmente, como una violenta reacción contra lo que se ha convenido en llamar maquiavelismo, como si Maquiavelo fuese el creador del método o de la filosofía política que se designa con la derivación de su nombre. El antimachiavelismo moral aparece como una máscara que encubre la defensa del papado, de los intereses de la Iglesia, antes que una repulsa del amoralismo propio de la técnica de gobernar propiciada por el escritor florentino. De aquí que la arremetida más violenta contra la literatura de Maquiavelo haya surgido del ámbito eclesiástico y particularmente de la Compañía de Jesús. Vale la pena registrar aquí la irónica circunstancia que señala Ugo Spirito, profesor de la Universidad de Roma, en un ensayo que titula "Maquiavelismo y contrarreforma", donde dice textualmente: "Poco a poco, el término *jesuita* se ha convertido en un verdadero sinónimo de maquiavélico, y más aun de un maquiavelismo más fino, más hábil, y por lo mismo más subrepticio y temible". No es tampoco casual que haya sido España la mayor proveedora de prosa antimachiavélica, no pocas veces a cargo de embozados maquiavelistas practicantes. Entre los españoles que con mayor vigor repudiaron a Maquiavelo está el padre jesuita Ribadeneyra, autor de "Tratado del Príncipe Cristiano", réplica al *Príncipe* de Maquiavelo, que de cristiano tenía muy poco o nada, como no tenía nada, por otra parte, de musulmán, de judío o de budista Ribadeneyra no puede menos que reconocerle a su rival el

concepto de razón de Estado. Pero establece diferencias. Dice el padre jesuita: "Pero que esta razón de estado no es una sola sino dos: una falsa y aparente, otra sólida y verdadera; una que del Estado hace religión, otra que de la religión hace el Estado"... Las ilusiones de Ribadeneyra en el sentido de que la religión hace Estado merced al advenimiento de la monarquía absoluta de signo católico, no se ha verificado. Augusto Del Noce, profesor de la Universidad de Turín, en su ensayo "Espiritualidad cartesiana y maquiavelismo", dice que "la definición total del orden absolutista (al menos del absolutismo católico), visto en su inicial esperanza y justificación ideal, no puede ser otra que la de una tentativa de restauración de la unidad espiritual, de la que la restauración de la unidad política representaría un primer grado: *el ad maiorem Dei gloriam*... se sabe bien como su derrota está señalada por su resultado; antes que ordenar la política de acuerdo con la religión, la política del absolutismo no pudo actuar sino reduciendo la religión a instrumento político". Que es, precisamente, lo que Maquiavelo indica, si no como ideal, como realidad conveniente y de hecho practicada hasta por algunos papas con más vocación para la política que para la santidad.

Como es sabido, Ribadeneyra dedicó su famoso libro al Infante Don Felipe, heredero presunto de todas las Españas. He aquí uno de los consejos del fraile al Príncipe: "...y dejando aparte los otros, de uno de ellos (que fue el Rey don Fernando el Santo) autores graves escriben que tal celo tenía por conservar la fe nuestra pura y sincera, que no se satisfacía con ordenar que fuesen castigados los herejes, sino que él mismo ponía el fuego y la leña para el sacrificio. A este Santo Rey debe imitar vuestra Alteza, e imitar a sus antepasados Isabel y Fernando que arrojaron a los moros y a los judíos de España y establecieron en ella el Oficio de la Santa Inquisición". En el mismo libro, el fraile español aprueba el regicidio de Enrique III rey de Francia.

Y entre los laicos no faltaron príncipes pudibundos que formularan sus grandes escrúpulos morales condenando en abstracto cuanto hicieron, luego, en concreto desde el trono. Por algo se ha dicho con razón que el antimachiavelismo suele ser una de las formas que asume el ejercicio del machiavelismo.

Uno de estos príncipes pudorosos fue Federico de Prusia quien le escribía a su amigo Voltaire, en carta del 31 de marzo de 1837, estas palabras: "...quien enseña faltar a la palabra, oprimir, y cometer injusticias, aunque sea el hombre más notable por su talento, no debe jamás ocupar un lugar debido únicamente a las virtudes y los talentos loables"... La conducta posterior de Federico en función regia convierten en irónicas sus expresiones retóricas de cuando era príncipe.

Esta opinión del noble prusiano contrasta con la del eminente Francisco Bacon, canceller de Inglaterra, pero más célebre como filósofo: "Hay que agradecer a Maquiavelo — dijo— y a los escritores de este género que digan abiertamente y sin disimulo lo que los hombres tienen costumbre de hacer y no lo que deben hacer". No se le perdona al autor de *El Príncipe* haber puesto en evidencia lo que suelen hacer los Federico de Prusia que existieron y existen.

No fue menos contrastante con la de Federico de Prusia la opinión de Juan Jacobo Rousseau; el ginebrino escribió en su "Contrato Social" estas palabras harto elocuentes: "Maquiavelo era un hombre honrado y buen ciudadano, pero, ligado a la casa de Médicis se veía obligado a causa de la opresión que sufría su patria, a disfrazar su amor a la libertad. Ya la elección de su execrable héroe manifiesta bastante su secreta intención, y la oposición de las máximas de su libro *El Príncipe* a las de sus *Discursos sobre Tito Livio* y su *Historia de Florencia*, demuestra que este profundo político no ha tenido hasta ahora más que lectores superficiales o corrompidos".

Lectores superficiales, por una parte, y lectores maliciosos —si no corrompidos, como dice Rousseau— han creado la

imagen satánica del inmoralista florentino, del mismo que según recordaba el poeta Hugo Foscolo "además de las Misiones y la función de secretario que tuvo por tantos años, desempeñó 16 Comisiones internas, en las que administró el dinero público, especialmente en provisiones de guerra; pero salió pobrísimo del empleo, siempre vivió pobre, y murió dejando a su familia en gran pobreza". Muchos moralistas severísimos con la conducta ajena no pueden ostentar semejante foja de servicios con pareja limpieza. Fue este inmoralista florentino quien tras narrar las feroces hazañas de Aatoles, estampó estas frases olvidadas por sus detractores: "Verdaderamente no se puede decir que existe valor en asesinar a los conciudadanos, traicionar a los amigos, no tener fe, ni piedad, ni religión; por tales medios puede adquirirse el poder, pero no la gloria".

No faltan quienes reprochan a Maquiavelo no haber enseñado al Príncipe el arte de adquirir la gloria; pero es el caso que a Maquiavelo le interesaba enseñar el arte de adquirir el poder y de conservarlo. No se propuso Maquiavelo ser un moralista, optó por ser, en todo caso, un naturalista. Porque fue lo que él quiso ser y no lo que otros querrían que fuese, se le puso en la picota.

Tan extensa como heterogénea, además de pintoresca a ratos, es la lista de las personalidades que a través de los siglos se han convertido en jueces de Maquiavelo, ya para condenarle a las llamas del infierno, ya para elevarlo a la gloria del paraíso. La imagen bifronte del florentino, parcialmente contemplada estimula los juicios contradictorios.

Pero creemos llegado el momento de insistir en que Maquiavelo refleja en su análisis de la historia y en la elaboración del Estado que surge de sus meditaciones ese espíritu científico, herencia de Leonardo, que en Maquiavelo somete a leyes el acontecer político. En este sentido se anticipó a Hegel quien afirmaba que "la tarea de la filosofía consiste en comprender lo que es; pues lo que es es la razón". Y como

lo que es el espíritu humano nos lo muestra la historia, Maquiavelo penetra en la historia como en el santuario de esta nueva fe, la fe en la razón que Hegel ofrecía a los estudiantes de Berlín, el 22 de octubre de 1818.

La historia le ha enseñado —y la realidad que está viéndolo corrobora— que al hombre hay que dominarlo. Y de aquí que el Estado —en su mítica representación de *El Príncipe*— surge en la imaginación del florentino como la expresión de esa fuerza de dominio a la cual han de someterse todas las voluntades. De este modo libera a la sociedad y a sus miembros de la tutela de la Iglesia, los libera de las normas morales que esta Iglesia propicia, mas no impone ni practica; pero, sin sospecharlo, somete a los hombres y a la sociedad a un nuevo imperio el cual con el correr del tiempo ha de transfigurarse en ese monstruoso Leviathan que concibe Hobbes, mítico gigante devorador insaciable de vidas y energías, a quien pudo decirle Shakespeare: ¡Oh, es admirable! Es admirable tener la fuerza de un gigante; pero es atroz usar de ella como un gigante”...

El realismo liberador de Maquiavelo culminó en un contrasentido dramático, que fue uno de los grandes contrasentidos del Renacimiento. Pues la libertad que éste postula es la del fuerte, la del príncipe dominador, símbolo personal del que será más tarde impersonal dominio del Estado. Al divorciar la política de la ética, Maquiavelo inaugura una filosofía política racional; pero esta política racional termina en otro contrasentido, pues ella habrá de estar, más tarde, al servicio de las expresiones irracionales del romanticismo nacionalista hasta culminar en el auge de los totalitarismos. Y he aquí como —la historia tiene sus ironías— de un punto de arranque anti místico venimos a parar a una mística del Estado, a lo que Ramiro de Maeztu denunciara como “herejía alemana”, que es ya herejía universal.

Esa cosa técnica, formal; el artificio administrativo y burocrático creado para dar a la sociedad ese sentido de uni-

dad que las sociedades medioevales lograban por otros medios, viene a transfigurarse en un mito, el mito del Estado. Y como en el Estado se centra todo el hacer político, ya tendremos preconizada, nada menos que por un materialista como Feuerbach, una religión de la política; y naturalmente no podía dejar de aparecer una mística del Estado. Ya se ha dicho que el pensamiento político, en sus remotos gérmenes, nació del pensamiento religioso; tras una larga parábola vuelve al punto de partida. La lógica de los hechos, que tanto amaba Maquiavelo, no avanzó de acuerdo con la lógica de sus ideas. La realidad desmintió al realista. La razón de Estado vino a parar a la menos razonable de las razones. Lo irracional penetró profundamente en lo que debió ser arte racional de la política. Estamos tentados de afirmar que el irracionalismo ha dado un maquiavélico golpe de Estado y vuelve a gobernar al mundo de acuerdo con su más remoto estilo.

